

DOS SEÑORES CONVERSAN¹

Carlos Sandoval
Universidad Central de Venezuela

1. Una lectura parcial (¿parcializada?) de la narrativa venezolana más reciente (la publicada, digamos, los últimos diez años) podría hacernos creer que vivimos el florecimiento de un *boom* en el arte de narrar, una suerte de etapa novedosa en el cuento y la novela locales. Muchos se apresuraron a señalarlo, con más entusiasmo que demostraciones, ante la evidente saturación de títulos que desde 2003 hasta el 2010 invadió el mercado, en tanto otros prefirieron la cautela sin desconocer la obviedad de los hechos: narradores debutantes, redescubiertos y los ya canonizados; esto es, la dinámica de una comunidad literaria en la cual la demografía juega –debería jugar– papel relevante.

Sin ánimos de ser aguafiestas me parece que, en el estado actual de la investigación, se impone una rigurosa medida: no se puede hablar de *boom narrativo* haciendo referencia sólo a cantidad de títulos, pero no a tirajes, publicados por las editoriales privadas; o a la impresionante oferta de actividades sociales relacionadas con la literatura incrementadas en el lapso: premios, bautizos, foros, seminario, programas de radio y audiovisuales, talleres creativos, blogs.

¿No habría que incluir también la desbordante producción de las editoras del Estado o vinculadas con éste: El perro y la rana, La Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Fundarte? ¿Por qué en los pocos estudios que tratan de establecer balances sobre el fenómeno se incluye sólo a Monte Ávila cuando se valoran los incentivos a los nuevos escritores, pero poco o nada se dice de los libros de relatos o de las novelas editados por los otros sellos financiados por los organismos estatales? ¿Se trata de una prueba más de la inficionada polarización política?

Estas preguntas apenas bordean los límites de la cuestión. Hay otras mucho más puntuales que conciernen a la densidad artística del trabajo literario. No abundan las valoraciones sobre la dimensión estética de los textos individuales que, vistos en conjunto, materializarían el supuesto *boom*: ¿hay pruebas reales, más allá del mero aspaviento publicitario, de que la venta y la lectura de algunas de las novelas o cuentos del período han impactado, por su adecuada correspondencia con el entorno, la sensibilidad, el universo simbólico, el imaginario del venezolano y, por extensión, del lector extranjero? ¿No estaremos sufriendo de una especie de daltonismo o de ceguera temporal respecto de este asunto?

Sobra decir que aún no tengo respuestas, antes bien, me sobran inquietudes. Por ahora quiero detenerme, justamente, en una de ellas: el repunte de la novela histórica en el período.

¹ Este artículo es un adelanto de un trabajo mayor en progreso. El título imita uno de Alfredo Bryce Echenique, cambiando el género de los contertulios, pero nada tiene que ver con aquella novela del peruano.

2. En Venezuela, la ficción construida con argumentos basados en hechos o personajes de carácter histórico destaca entre los sub-géneros narrativos más practicados y tal vez de mayor consumo entre los lectores.² Las obras de Enrique Bernardo Núñez, Arturo Uslar Pietri o Miguel Otero Silva, para citar tres casos paradigmáticos, sobresalen como modelos de la especie en el siglo XX. Estos autores, sin embargo, utilizaban la historia oficial no para contradecirla, como más adelante haría Francisco Herrera Luque, o para recrear episodios imaginados y tremebundos, la huella más evidente en las ficciones de Denzil Romero, sino para refrendar pasajes, enaltecer figuras o corregir el rumbo sociopolítico del país –al recordar la heroica epopeya libertadora o los ideales de un individuo– y de esa manera contribuir con el fortalecimiento de la independencia y de la nacionalidad. Es decir, usaban la historia como un pre-texto (un hipotexto, si tensamos el arco genettiano) para difundir, entre líneas, cierta ideología de grupo, del grupo con el cual se identifica el protagonista de la pieza y acaso el autor concreto. Esta última insinuación podría resultar polémica, con todo y que una importante rama de la teoría y la crítica literarias se ha encargado de demostrar el peso ideológico que siempre contienen los materiales narrativos (van Dijk, Eagleton). No obstante, en el lapso que ocupa el ascenso de Hugo Chávez al poder y su (des)empeño como líder de una autodenominada “revolución bolivariana”, la novela de corte histórico ha tenido una recepción distinta, inaudita, como la que en sus tiempos recibió (pero por otras razones) la obra del mencionado Herrera Luque. Esto es: hay un ostensible vínculo entre la ruptura del imaginario fictivo que ha significado el establecimiento del llamado “chavismo” y el auge de ciertas narraciones que ponen su acento en unos muy peculiares tramos de nuestra vida republicana. Es lo que sucede con *El pasajero de Truman* (2008), novela de Francisco Suniaga, un fenómeno editorial que suele esgrimirse, entre otros, como prueba del *boom* señalado antes³ y que sirve para mostrar, como primer avance, las tensiones de la narrativa histórica venezolana reciente, producida en un contexto altamente politizado.

3. Más que la recreación del lamentable episodio ocurrido a Diógenes Escalante, *El pasajero de Truman* resulta la puesta en escena de un antiguo mal: la enfermedad del poder. Un estado morbosos casi endémico del país y contra el cual no parece haber cercano remedio. Tal vez el éxito de la obra se deba al hecho de que su autor supo cristalizar la dimensión simbólica del fenómeno, y su sustrato histórico, en el malogrado incidente de un funcionario quien sucumbe a la demencia cuando el Estado reclamaba como nunca sus servicios. Escalante enloquece poco antes de ser nimbado con la banda presidencial; otros, por el contrario, desarrollan ciertos trastornos que los acercan a la locura en pleno ejercicio del mando.⁴

² Lo de la lectura es una impresión, un mero dato empírico: no hay estadísticas sobre la actividad lectora en Venezuela.

³ *Boom* editorial, más bien, que comenzó con el ensayo histórico y/o político.

⁴ Como le ocurrió a Cipriano Castro: díscolo y atrabiliario una vez hecho con el poder, en 1899. (Cf. Picón Salas, 1953)

Pese al innegable atractivo del tema, desde una perspectiva literaria el texto suscita algunas interrogantes: ¿se trata de una novela histórica o de un trabajo de historia novelada? Por otra parte, aun cuando la portada se ilumina con la fotografía de Escalante, en realidad el libro cuenta pormenores de la vida de aquel personaje gracias a los recuerdos de otro: Humberto Ordóñez. Así pues, Francisco Suniaga ha narrado parte de la vida de Ordóñez en su relación con Diógenes Escalante, pero no muestra, como podría creerse, las situaciones vitales del potencial sucesor de Medina Angarita con la *propia voz* del supuesto protagonista. Es decir, todo lo que sabemos de Escalante se halla mediado por la visión de Ordóñez.

Con todo, estas observaciones no rebajan la efectividad de la pieza, antes bien enriquecen la discusión respecto de su impacto público y obligan a preguntarnos otras cosas; verbigracia: por qué a los venezolanos nos seduce leer novelas en las cuales la reflexión sobre el pasado histórico descuella como materia importante. ¿Será que sus recursos narrativos sirven mejor a la causa pedagógica-instructiva? ¿O quizá el asunto, en el caso de *El pasajero de Truman*, se deba a una singular coyuntura política? Todavía más: ¿es la historia una manera de entender lo político? Veamos.

Ya es lugar común señalar que mucha de nuestra narrativa deviene un mero trasunto de la realidad sociopolítica. El auge de la novela histórica en las décadas del setenta-ochenta (siglo XX) refrendaría una práctica que en ocasiones sirvió a otras modalidades temáticas del género. Piénsese, por ejemplo, en el uso que de la estrategia (tomar fragmentos de la historia venezolana para reinterpretarlos o para ambientar la fábula), hace Adriano González León en su novela *País portátil* (1968); o en el universo novelado, cómo no, del ya citado Arturo Uslar Pietri.⁵ Así, la representación del entorno parecería ser una de las más apremiantes pulsiones que activa la escritura ficcional entre nosotros, una suerte de aduana en la cual debe pagarse tributo de pertenencia a una comunidad creativa. Un entorno, hay que insistir, relacionado con avatares políticos del pasado, pero de evidente resonancia en el presente.

Esta necesidad historicista, para llamarla de algún modo, acaso responda a una vieja indagación: la búsqueda de los rasgos caracterizadores del comportamiento social del venezolano, una de las obsesiones recurrentes de gran parte de nuestros narradores, tras cuya quimera se han despeñado proyectos literarios y vocaciones. Se cree que una vez establecido el catálogo de manías, neurastenias, traumas podríamos comenzar la recuperación del enfermo cuerpo de la patria. Y es que las debilidades ciudadanas (el descrédito sobre el valor de las instituciones o sobre el imperio de la ley) han marcado el alma de la república. Porque tuvimos, según el catecismo bolivariano,⁶ una nación luminosa: la que nos legaron los próceres de la independencia. Queda clara, entonces, una de las funciones de la novela

⁵ *Las lanzas coloradas* (1931), *El camino de El Dorado* (1947), *La isla de Robinson* (1981), entre otras.

⁶ Cf. Castro Leiva (1991), Pino Iturrieta (2007).

histórica en Venezuela: mostrar las debilidades civiles como el más grave síntoma de una mórbida colectividad.

En esa línea de reflexión narrativa se inscribe *El pasajero de Truman*. Anclada contextualmente en el lapso final de la presidencia de Isaías Medina Angarita (en la etapa cuando se buscaba un candidato de consenso para lograr un traspaso de poderes en apariencia natural y civilizado), pero construida en torno de la figura de Diógenes Escalante (aceptado por todas las *fuerzas vivas* para asumir la conducción del gobierno), la novela rebasa este centro anecdótico para recrear (¿recordar?) otros detalles históricos. Esas recreaciones son necesarias por cuanto explican las irresolutas diferencias políticas acumuladas en la década 1936-1945, luego de treinta y seis años de dictadura (sumo los períodos de Castro y Gómez: 1899-1935). Por aquellos años, el diseño de un sistema moderno de administración del Estado fue la tarea básica a la cual se dedicaron los principales actores de la *res publica*. De sus veintitrés capítulos al menos seis (III, V, VII, XIV, XV, XVI) cuestionan, mediante el recurso del diálogo entre personajes, el más característico y primitivo modelo de gobierno que ha imperado en el país: el caudillismo.

En el cuestionamiento resalta, sin embargo, una paradoja: si la fe en un *elegido* de la providencia, cualquiera que ésta sea, es causa de retraso civil, cómo interpretar el hecho de que a Escalante se le haya tomado por el único sujeto capacitado para salvar los obstáculos en aquella carrera por mantener el orden político-institucional. Ordóñez nos da la respuesta: “la mayoría no ve al Presidente y, peor aun, el Presidente no se ve a sí mismo como un ciudadano con la responsabilidad de administrar el Estado sino como el dueño de una hacienda, el hombre que es dueño de la tierra, de la bolsa y reparte los reales” (Suniaga, 2008: 220). Una interpretación que para ese personaje, el secretario privado del frustrado candidato, es signo caracterizador del modo como los venezolanos entendemos el ejercicio de la política (recuérdense los prefectos de las novelas de Rómulo Gallegos), tanto más de la llamada “primera magistratura”. Así pues, la medicina para enfrentar el arraigado caudillismo deviene, homeopáticamente, caudillista, aunque con un importante giro: ahora no se trata de un caudillo militar, sino de un apacible y caudillesco empleado de cancillería (y que valgan los retruécanos).

Aun cuando es obvio que este juicio del personaje Ordóñez no es un mero capricho especulativo de Suniaga en virtud de que los acontecimientos narrados se basan en hechos históricos, no deja de ser paradójica la recepción que *El pasajero de Truman* ha tenido en la Venezuela del chavismo o, más bien, del antichavismo: su actitud recusante del ejercicio del poder omnímodo, sobre todo del fomentado por los militares que tiranizaron el país desde fines del siglo XIX⁷, caló en el ánimo de un sector de lectores que vieron en la enfermedad de Escalante la representación metafórica de los manejos de Hugo Chávez como una obsesiva forma de administración morbosa de la presidencia de la

⁷ Los capítulos III y VIII de la novela contienen pasajes que abordan esta problemática.

república.⁸ Tal vez sea ésta la causa principal que convirtió la obra en un éxito de ventas y lectores y, sin duda, en objeto de interés de la crítica literaria reciente. Como ha señalado Paulette Silva Beauregard:

El pasajero de Truman (...) es una novela que intenta dar con el origen de los problemas políticos que enfrentamos y nos enfrentan hoy a los venezolanos (...) [El] caudillismo [es] el asunto revisado (...) a propósito de las circunstancias que produjeron en 1945 la frustración del proyecto que intentó acabar con el largo dominio de los andinos en el poder (...) para conseguir una alternativa democrática y civilista para el país. De este modo, la historia nacional se convierte de manera significativa en la biografía de un hombre, Diógenes Escalante. Llama la atención, en este sentido, que la manera de presentar ese capítulo olvidado de la historia nacional parta de la convicción de que el destino del país dependía de un solo hombre, en este caso de la versión civil del caudillo del siglo XIX (...) De este modo, Suniaga (...) desempolva un fragmento de la historia nacional para mostrar cómo los intentos de acabar con la hegemonía militar y las tendencias caudillistas son una constante en la historia de Venezuela, pero lamentablemente condenados al fracaso (...) Y a pesar de que Suniaga ha señalado en algunas entrevistas que no fue su intención al escribir la novela relacionar la Venezuela de 1945 con la actual, ésta ha sido la lectura que ha hecho gran parte de sus muchos receptores, quienes ven, con razón, que *El pasajero de Truman* presenta una y otra vez elementos que llevan a hacer tal conexión (2011).

Aunque el autor ha confesado, como leímos, que no tenía en mente las circunstancias de la Venezuela actual al momento de escribir su texto, sobre todo la del período de Chávez, según los fragmentos de una entrevista citada por la misma Silva Beauregard, es difícil creerle cuando en la propia pieza Ordóñez dice:

A raíz de esta experiencia, me convencí de que es absolutamente inconveniente que las mismas personas pasen mucho tiempo gobernando, porque, sin darse cuenta, van perdiendo la sensibilidad por el prójimo y, al final, ya no se preocupan por nada. Créame que no existe una experiencia más deshumanizadora. La alternabilidad en el poder no es un valor creado por los teóricos de la democracia, sino que debe ser un invento de Dios para que los gobernantes se salven, para que puedan seguir siendo humanos. Por eso, y más en este país donde hay tantos enredos, no entiendo a quienes han buscado perpetuarse en el Gobierno, no comprendo cómo puede alguien querer condenarse, para el resto de su vida, a sufrir la desdicha de no poder resolver nunca nada (Suniaga, 2008: 226).⁹

La pérdida de sensibilidad quizá sea el síntoma visible de una dolencia causada por el ensoberbecido disfrute del poder, esto es, por el malentendido uso de un alto cargo público.

⁸ En el capítulo XV se hacen señalamientos explícitos en este sentido.

⁹ Conviene recordar que fue en el segundo período presidencial de Hugo Chávez cuando se aprobó en Venezuela la reelección indefinida para los cargos de presidente de la república, gobernador de estado y alcaldes de municipios.

4. Así pues, el tema de la enfermedad del poder como metáfora es uno de los principales dispositivos que activa el interés del lector de *El pasajero de Truman*. Y es que la obra se publica, como dije, en un medio social tensado por la polarización política, en donde los antichavistas quizá vieron al presidente en funciones como una figura que simbolizaba ciertos rasgos de la historia de Escalante.

Esta primera y obvia relación esconde, sin embargo, otra de mayor alcance: la idea de que la debacle de 1945 –viejo tópico de la historiografía venezolana– acabó con los sueños de una verdadera instrumentación de la democracia auspiciada, curiosamente, por Isaías Medina Angarita, un general-caudillo que, no obstante, respetaba (aparte de ampliarlas) las libertades alcanzadas luego del cese de la dictadura de Juan Vicente Gómez. De este modo, la pieza constituye un lamento por el fracaso del proyecto de modernizar el país al producirse el golpe de estado de aquel 1945 y las consecuencias que ello acarreó en el devenir político de Venezuela; en esta situación Escalante jugó un papel accidental, pero decisivo.¹⁰

Hay una posible tercera implicancia de lectura: la sutil y favorable valoración de la llamada “cuarta república” (frase acuñada por el chavismo) o, en términos más académicos, de la “democracia representativa”: período que media entre la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en 1958 –tardía secuela del derrocamiento de Medina Angarita– y el triunfo de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de 1998. Quiero decir, por momentos el libro nos obliga a pensar en ese lapso y a compararlo con el más cercano, el de la “revolución bolivariana”, por cuanto hay pasajes que inducen tal pensamiento: “A Diógenes Escalante le ofrecieron la Presidencia cuando el gomecismo entró en su crisis final y a usted [se refiere a Román Velandia, máscara de Ramón J. Velásquez]¹¹ se la ofrecieron cuando el período democrático inaugurado en 1958 moría” (Suniaga, 2008: 116). Como quiera que sea, la presencia no verbalizada, pero evidente, de la etapa política anterior a la hegemonía del “líder bolivariano” (desde 1998 hasta, al menos, 2012) es (pre)sentida como un pasado que, aunque imperfecto, era mejor que el tiempo actual (inicios del siglo XXI), espacio desde donde conversan los dos sujetos que fungen de personajes en esta aparente novela. Porque, todo hay que decirlo, *El pasajero de Truman* funciona más como un reportaje novelado o como un texto de historia camuflado en ficción, y no como un nítido trabajo novelesco.

5. Entro, sin solución de continuidad, a discutir el estatuto literario –genológico– de la pieza. Hasta ahora, nadie cuestiona el formato del texto. Todos los comentaristas coinciden en adjudicarle a *El*

¹⁰ “Cuando veo lo que ha acontecido aquí desde 1945 es cuando más me convenzo de que el descalabro del doctor Escalante fue un gran infortunio para Venezuela. Él insistía mucho en la necesidad de crear instituciones fuertes y autónomas, que frenaran esa tendencia, tan nuestra, de hacer lo que nos venga en gana. «De nada sirven las leyes si no hay instituciones, Humberto, y con eso no me refiero a que existan nominalmente o que se construyan grandes edificios sedes. La institucionalidad la lleva la gente en la cabeza», me decía” (Suniaga, 2008: 121-122).

¹¹ Ramón J. Velásquez fue presidente interino de Venezuela entre el 05 de junio de 1993 y el 02 de febrero de 1994. Asimismo, hizo breves labores de secretario de Diógenes Escalante, justo en el momento cuando el candidato sucumbió a la demencia.

pasajero... un nicho en el casillero de las novelas venezolanas publicadas en la primera década del tercer milenio. Sin embargo, un análisis sustentado en la estructura narrativa revelaría ciertas inconsistencias respecto de su materialidad ficcional; por ejemplo, los lectores reconocen de inmediato quién es en realidad el supuesto Román Velandia en las tres líneas iniciales del libro: “periodista e historiador, ex ministro, ex senador y ex Presidente de la República” (Suniaga, 2008: 9). Al otro individuo, Humberto Ordóñez, es más difícil ubicarlo; no obstante, en la página final del trabajo leemos: “Quiero expresar mi más profunda gratitud a Ramón J. Velásquez y Hugo Orozco por el privilegio que me concedieron al recibirme en sus casas y contarme la historia de la que fueron actores”. No hay dudas: la voz agradecida es de Francisco Suniaga, el autor (¿transcriptor?) de unas memorias de otros. Tampoco hay indecisiones, porque el discurso se encarga de aclararlo, sobre los roles desempeñados por Velásquez-Velandia y Orozco-Ordóñez, respectivamente, en el tramo final de la vida pública de Diógenes Escalante y, por añadidura, en un fragmento importante de la historia de Venezuela.

Salvo los débiles enmascaramientos nominales de Orozco y Velásquez, todas las personalidades retratadas en la obra aparecen con sus nombres verdaderos. Más aún, los pormenores concernientes a sucesos políticos venezolanos de los siglos XIX y XX (y los mínimos del XXI) son verídicos, ocurrieron en los lugares, fechas y horas indicados. Esto le da a la pieza un carácter de reportaje, antes que de construcción especulativa. Por otra parte, abundan los capítulos saturados de discursos en los cuales se explican las causas y consecuencias de diversos acontecimientos que modificaron el curso de la política venezolana, siempre desde la perspectiva de un hombre (Ordóñez o Velandia), al uso de los historiadores de profesión.

Con todo, donde se hace notable la poca médula novelística de *El pasajero de Truman* es en el diseño de los tentativos personajes y en el modo como se desarrollan las engañosas acciones. En rigor, aquí sólo hay tres figuras que sirven de canales para exponer fragmentos de la historia venezolana relativas a los temas políticos asociados con el tránsito de la dictadura de Gómez a la democracia representativa: Humberto Ordóñez, Diógenes Escalante (básicamente, través de los recuerdos del anterior) y Román Velandia. Ordóñez y Velandia no tienen, en realidad, la consistencia natural de los personajes novelescos; Escalante, por su parte, alcanza a ratos esa condición gracias a las incursiones memorísticas a las cuales se ve obligado el fiel Humberto, secretario perpetuo del doctor andino en sus correrías por el mundo de la diplomacia, cuando fija particularidades a Román, su interlocutor, en las ocho sesiones donde ambos desgranar la vida del frustrado presidente. Quiere decir: nada conocemos del mundo interior, psicológico (uno de los aspectos caracterizadores del género) de Ordóñez y Velandia, ni de los demonios cotidianos que atenazaban a Escalante, si apartamos su trágico destino en 1945. Esto convierte a esos sujetos de papel en meras representaciones nominales, pero con firme anclaje en la memoria colectiva del país, cuya función consiste en servir de módulos para contar una serie de eventos del pasado –históricos– y no las acciones ficcionales que solemos encontrar en una

novela. Porque las peripecias relatadas en *El pasajero de Truman* no son productos directos de la imaginación del autor, sino eficaces trasiegos de algunos hechos acaecidos en la vida política de la Venezuela del siglo XX.

Ahora bien, el acierto de Suniaga al presentar la materia de que trata su libro como una conversación a la manera de los diálogos de una novela (aparte de la obviedad de que el título se ha venido publicando como parte de un catálogo del género), es lo que crea el efecto novelesco del trabajo. También, el uso del discurso narrativo y, sobremanera, el montaje un tanto teatral de esos dos señores que hablan en la sala de una vieja quinta caraqueña, a principios del siglo XXI, de sucesos en los cuales fueron testigos privilegiados. Es esta arquitectura lo que permite el recuento minucioso de avatares de un modo fresco y fluido, sin los arrestos de un tratado de historia o de una biografía. No niego, por supuesto, que el texto evidencia incursiones ficticias que colorean alguna explicación histórica o, tratándose de Escalante, para potenciar las maneras con las cuales interactuaba con los otros individuos representados en la obra. Sin embargo, estos recursos no bastan para adscribir plenamente a *El pasajero de Truman* en los límites canónicos de la novela; al menos no de las novelas a las que, en general, estamos hoy acostumbrados a leer (pienso, por ejemplo, en *La otra isla*, la primera ficción en prosa del propio Suniaga).

Por lo demás, la estrategia de pregunta-respuesta que activa el diálogo no es más que un subterfugio que disfraza el verdadero talante de la composición: *El pasajero de Truman* resulta un contundente reportaje novelado que, en el contexto de la Venezuela del chavismo, ha devenido en arma ficcional de un sector político; curiosamente, aquel con mayores posibilidades de adquirir el libro.

6. Reconozco que la discusión sobre el perfil de la obra no se la plantean los lectores; estas son cuestiones de crítica literaria sólo interesantes para un mínimo sector del público. Antes bien, es juicio común que los legos disfrutan del texto puesto que al leerlo aprenden parte de la biografía de Escalante y de la historia republicana del país. Esto es, en el proceso de lectura se borran las funciones de la inminente novela y se da paso a un tipo de recuento histórico novelado que no persigue materializar las vicisitudes de un héroe, sino –deberé repetirlo– describir el papel de un personaje histórico en la vida política venezolana. Por ello, la gente disfruta *El pasajero de Truman*, pues el autor le sirve una cordial conversación entre un par de ancianos que enseñan historia sin aspavientos ni aparatajes técnico-conceptuales, con la calma y sabiduría de dos viejos que toman té al final de la tarde. Un acierto, sin duda, que engaña por lo novelesco.

Referencias

- Castro Leiva, Luis (1991). *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila.
 Dijk, Teun van (2003). *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.

- Eagleton, Terry (2005) *Ideología: una introducción*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Picón Salas, Mariano (1953). *Los días de Cipriano Castro*. Caracas: Garrido.
- Pino Iturrieta, Elías (2007). *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*. Caracas: Alfa.
- Silva Beauregard, Paulette (2011). "Novela e imaginación pública en la Venezuela actual: el regreso de viejos fantasmas (I)". *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero48/novimagve.html>]
- Suniaga, Francisco (2008). *El pasajero de Truman*. Caracas: Random House Mondadori.